

ros derramados por la Moravia y la Silesia trajeron multitud de jóvenes encerradas en sacos á la grupa de sus caballos, ó emparejadas como perros en trahilla; sus hordas con el hierro y la tea en la mano, galoparon en medio de las llamas hasta tres millas de Olmütz; las tierras de los príncipes de Dietrichstein y de Liechtenstein fueron devastadas; doce mil vasallos suyos fueron reducidos á la esclavitud y vendidos en el mercado de Neuhoesel. Presburgo vió desde sus fortificaciones la quema de treinta y dos pueblos florecientes. Mil trescientos carros cargados de mujeres y de niños, enviados delante por los cosacos y los húsares del khan de Tartaria, y ochenta mil húngaros esclavos marchaban en filas hácia Belgrado, para ir á poblar los valles de Europa ó las estepas de la Crimea. Kiuperli, sin ejército enemigo ante él y replegando el suyo á Belgrado para pasar el invierno, dejó á los tártaros inundar la Hungría. Los polacos le pidieron el auxilio de sus tártaros contra los rusos, pero él despidió á los enviados, amenazándoles volverse contra ellos si continuaban entendiéndose con los imperiales, cuando él hacia la guerra á la Alemania.

En la primavera de 1664, Kiuperli renovó la invasión de la Hungría con tropas de refresco. El sultan, desde el fondo del haren ó desde los bosques de Andrinópolis, asistía á las hazañas de su visir. Se habia

casado el año anterior con una griega nacida en Creta, cogida por los turcos en la toma de Retimo. El serdar de Creta, Hussein, admirado de su belleza, la habia juzgado digna de su señor y la habia ofrecido en presente á la sultana Validé. Su nombre era Rebia Gulmisch, es decir *abeja que bebe el caliz de las rosas de la primavera*. La afición que tuvo Mahomet á esta joven esclava de negros cabellos, contrabalanceó muy pronto el ascendiente que tenia en su corazón la Validé de dorada cabellera.

Rebia Gulmisch dió en la primavera al sultan un hijo, que fué llamado Mustafá. Esta fecundidad precoz consolidó su crédito.

XXI

En este intervalo, la Alemania, amenazada con una invasión mayor, armaba siete meses hacia á todos sus defensores. Zriny, apellidado *Estaca de Hierro*, avanzaba con los húngaros reunidos hácia Transilvania; el conde de Souches marchaba sobre Neutra. Hohenloe, Strozzi, generales del Austria, seguidos por cuerpos italianos y franceses, concertaban un plan de

campana bajo los muros de Kanischa, que tenían sitiada. Concentrábanse en Serinwar para recibir allí, en una posición bien atrincherada, el ataque de Kiuperli. Strozzi cayó herido de muerte en una refriega.

El mariscal Montecúculi, el primer guerrero de Italia y Alemania, vino á tomar el mando general del ejército confederado. Situóse en un triángulo fortificado por la naturaleza entre el Mur, el Drave, y la posición atrincherada de Serinwar. Kiuperli no podía atacarlo sin tomar esta posición defendida por la ciudad. El número y el encarnizamiento de los turcos triunfaron de los defensores de Serinwar; el conde de Thurn, que la mandaba á las órdenes de Montecúculi, pereció en la brecha con tres mil húngaros escogidos. Montecúculi y el conde de Coligny, que le habia llevado seis mil voluntarios franceses, volvieron á atravesar el Mur y cerraron el paso á Kiuperli.

El ejército turco dividido en cuerpos de treinta á cuarenta mil hombres, se contentó con observar á los imperiales y á los franceses, y con sitiar una á una las plazas que resistían todavía. Montecúculi, demasiado débil para empeñar una acción contra cuerpos de ejército que lo hubieran envuelto, se retiró hácia el Raab, río que defiende al Austria. Kiuperli lo siguió de cerca y acampó en su márgen iz-

quierda. Allí se le presentaron, en el pueblo de Saint Gothard los plenipotenciarios del Austria, testigos del incendio de Hungría y de la esclavitud de una nación.

La misma suerte que amenazaba á su país, la desigualdad del número entre el ejército de Montecúculi y el de Kiuperli, habian hecho vacilar al emperador Leopoldo; y el duque de Sagan, su ministro, los autorizaba á sancionar con un tratado la humillación de la derrota.

Para obligarlos á una sumisión mas completa, Kiuperli quiso cruzar á su vista el Raab por Saint Gothard, en presencia del ejército de Montecúculi. Este general, el héroe de su siglo, sorprendido al principio por la impetuosidad de los otomanos, que habian pasado el río vadeándolo, y rechazado á los alemanes hácia un anfiteatro de colinas, cedió por un momento el pueblo de Moggersdorf, centro de su posición, á los genizaros que lo escalaron. Sus soldados huían, sus oficiales se hacían matar en su puesto; él mismo, con la sangre fría, que es el genio del carácter, recogía y agrupaba sus restos con la espada en la mano.

Cuando les hubo inspirado su aliento, desplegó atrevidamente sus dos alas, la una al mando de Carlos de Lorena, su discípulo en el arte de la guerra, la

otra, compuesta de nobles franceses, á las órdenes de Coligny. Estos tres grandes capitanes, cayendo á la vez sobre la primera mitad del ejército turco, hicieron retroceder á los otomanos hasta el rio que habían cruzado, casi obstruido con sus muertos. Veinte mil genízaros, el nervio del ejército, abandonados en la orilla izquierda y encerrados en su conquista, prefirieron perecer ántes que rendirse en la ciudad de Moggersdorf. Los tres mil caballeros franceses de Coligny y del duque de la Feuillade, lanzaron sus caballos al rio detrás de los turcos, y acuchillaron á los spahis hasta debajo del cañon de Saint Gothard.

« ¿ Quiénes son esas jóvenes ? » preguntó irónicamente Kiuperli á los renegados húngaros que lo rodeaban, al aspecto de las lucientes corazas, de los cascos elegantes, de los lazos de cinta, de las cabelleras empolvadas que caían en ondas sobre sus hombros. « Son los franceses, » respondieron los húngaros. Pero su adorno afeminado cubría leones de guerra; aquella joven nobleza cargó hasta las tiendas del gran visir gritando: ¡ *Vamos! ¡ vamos! ¡ mata! ¡ mata!* Este grito, retenido en la memoria por los turcos, sirvió por la tarde para designar á los franceses, comparados por la mañana á mujeres. La Feuillade, su coronel, recibió en aquel combate el

nombre de *Fuladi* ó el hombre de acero, que le pusieron los genízaros y los spahis.

Tanto heroísmo y fortuna fueron malogrados; solo la gloria de Montecúculi fué coronada por la victoria de Saint Gothard, que reparaba el honor de la campaña, pero no sus desastres. Apesar de los veinte mil genízaros que habia perdido, Kiuperli conservaba aun doscientos mil soldados, vencedores en las llanuras de la Hungria. El pueblo y la capilla conmemorativa de Saint Gothard fueron el único monumento de la jornada. Tanta sangre derramada no cambió las condiciones de la paz aceptadas de antemano por el emperador Leopoldo. Firmóse esta en Eisemburgo, el 10 de agosto, en los términos en que Kiuperli la habia dictado en Belgrado.

Apafy, el cliente de los turcos, era reconocido príncipe de Transilvania bajo su protectorado; los palatinados húngaros volvian á la Puerta; las conquistas de la campaña quedaban en poder del sultan; el Austria no podia reparar las fortificaciones destruidas de Serinwar; el tributo disfrazado con el nombre de presente de embajada fué reducido, pero tambien conservado. Semejante paz, despues de un solo revés en tal série de triünfos, podia resonar como la mas brillante victoria en el imperio y en el corazon del sultan.

Kiuperli volvió con el ejército á Belgrado, y despidió con un presente digno de su señor al khan de los tártaros, seguido por cien mil esclavos que su caballería habia hecho en Hungría y Sajonia. Kara-Mohammed-aga, Beglerbeg de Rumelia, fué nombrado embajador de la Puerta en Viena, para llevar la ratificación por el sultan del tratado de paz. Escoltado por un cortejo asiático de ciento cincuenta dignatarios de la córte, los presentes que llevaba á Leopoldo I consistian en penachos de plumas de garza real, con broches de diamantes, en una espaciosa tienda, sostenida en el centro por un solo pilar, en una alfombra de Persia, en telas de seda y de muselina de las Indias, en dos libras de ámbar gris, en catorce caballos de mano nacidos en Arabia ó en Persia, cubiertos con mantillas de oro y pedrerías.

XXII

Kiuperli volvió á recobrar en Andrinópolis su poderío, acrecentado con su fama de conquistador y vengador del imperio. Durante su ausencia, el sultan no habia hecho mas que pelear contra las fieras en

los bosques inmediatos á Andrinópolis. Su historiógrafo Abdi, tenia encargo de consignar en sus anales, como acontecimientos históricos, todos los accidentes de estas cazas imperiales. La sultana favorita Gulumisch, y su jóven confidente Yusuf, lo acompañaban á estas lejanas excursiones de placer. Partía generalmente de sus estaciones á la claridad de la luna, al son de las trompetas y de los timbales, oraba en las mezcuitas de los pueblecillos, juzgaba, como san Luis, bajo los encinos de los bosques, se mostraba inflexible y continuamente sanguinario con los blasfemos, y castigaba con la pena de muerte la duda como el crímen.

Abdi cita dos víctimas de su fanatismo martirizados como ateos; al uno, porque elevaba á Jesús á la altura del Profeta, al otro porque profesaba la religión cosmopolita de los drusos. Refiere la muerte en el mismo dia de un palafranero que maltrataba á su caballo, el encuentro fortuito por el sultan de una vaca que daba de mamar á un ternero en la pradera, y su diálogo con el paisano cristiano, dueño de la vaca, á quien quiso convertir al islamismo.

El sultan, ansioso de recordar estas puerilidades iba á menudo á referírselas familiarmente al historiador Abdi, cuando estaba enfermo, y se hacia presentar los Anales, en donde hay escritas algunas pá-

ginas de su puño y letra. Todo revela en ellas uno de esos reyes ociosos de la primera raza dinástica de Francia, considerando como subalterna toda ocupacion excepto la de dar su nombre al reinado, y abandonando el gobierno y la guerra, como oficios ignobles, á los alcaides de palacio. La oracion, la caza y el reposo eran para él las únicas ocupaciones dignas de un rey.

XXIII

Kiuperli, libre ahora de dirigir toda su atencion á la conquista de la Creta, condujo al sultan á Constantinopla, en donde la Validé Tarkhan acogió su regreso con presentes que valian un millon y quinientas mil piastras. Mahomet IV recibió al mismo tiempo los presentes de la córte de Austria, llevados á Constantinopla por el embajador, el conde Walter de Leslie. Estos presentes dan testimonio del estado de la industria y de las artes en aquel tiempo. Espejos de la altura de un hombre con marcos de plata cincelada, girando sobre un pié del mismo metal, aguama-

niles de plata y oro con tres piés y columnitas istriadas; palanganas doradas y cubiertas, que despedian caños de agua perfumada: candelabros de muchos brazos; regadores de plata para verter con ellos aguas de olor; una vajilla de plata sobredorada; escopetas, puñales, papeleras, anteojos de larga vista; alfombras de los Países-Bajos españoles, bordados de oro; relojes, péndulos, una gruta artificial con un cuadrante cuya aguja y campanas eran movidas por una caída de agua: presentes análogos pero propios para las mujeres, destinados á la sultana madre y la favorita: tales eran las magnificencias con que el emperador Leopoldo coloraba su humillacion y compraba la paz.

El cortejo de nobles alemanes, italianos é ingleses que acompañaban á caballo al embajador, era digno de los presentes. Entre ellos iba el duque de Norfolk, lord Arundel, los príncipes de Lichtenstein, el conde de Trautmannsdorf, de Herberstein, el florentino Pecori, el genovés Durazzo, el milanés Casanova, el francés Chateauvieux. Ciento cincuenta nobles de todas las naciones de Europa, excepto los súbditos de Venecia y de Roma, decoraban con su presencia la embajada de Leopoldo.

El embajador de Francia, M. de La Haye, á su regreso á Constantinopla, fué reprendido é injuriado por el gran visir á causa del auxilio indirecto y vo-

luntario que el rey de Francia dejaba unirse á los enemigos del imperio en Creta y en Hungría : « Vosotros franceses, » le dijo Kiuperli, « os fingís « nuestros mejores amigos, y os hallamos siempre « con nuestros enemigos. »

Este reproche amargo era fundado en aquel momento. Tan legítimo hubiera sido en la época en que Napoleon desembarcaba en Egipto, para expulsar de allí á los otomanos, y cuando autorizaba en Erfurth á la Rusia para atacar impunemente á los turcos, nuestros aliados naturales; lo hubiese sido en Navarino, en donde nuestros cañones, mezclados con los de los rusos y los ingleses, destrozaban locamente la escuadra de Mahmud : lo hubiese sido en fin en estos últimos tiempos, en que imponía la Francia á la Turquía relativamente á los Santos Lugares de Jerusalén, parcialidades respecto de los frailes católicos, y expropiaciones de ocho millones de sus súbditos griegos, que no podía aceptar sin empeñarse con la Rusia en la guerra gloriosa, pero de muchos sacrificios, en la que le presta su auxilio actualmente, (abril 1855).

XXIV

M. de La Haye, hombre irritable y altivo, se levantó y arrojó al suelo con desprecio las capitulaciones que tenía en la mano. Kiuperli se arrebató y lo apostrofó con el nombre injurioso de judío. Su primer gentil-hombre levantó el taburete y lo hirió con él; el embajador desenvainó su sable; los chiaux se lanzaron á él para desarmarlo; el tumulto amenazaba ser sangriento. El gran visir reconoció su falta tres días después; llamó al ministro francés, le dió una satisfacción, y le rogó que cubriera con el silencio entre su corte y la Puerta una violencia recíproca de palabras y gestos, cuya publicidad hubiera puesto fin á la antigua amistad que existía entre la Puerta y la Francia.

Esta antigua amistad, preciso es confesarlo, se veía sin cesar comprometida, por parte de la Francia, con hostilidades sordas que estaban poco en armonía con las declaraciones oficiales de alianza ó de neutralidad. La conducta doble de la Francia no era duplicidad premeditada, era efecto de la violencia perpétua

hecha por la religion á la política. Con efecto, pronto veremos otra vez á la nobleza francesa en frente de los turcos en Creta, como acabamos de verla en Hungría. Los franceses de entónces constituían dos pueblos, como en Luis XIV habia dos hombres. Si la política aconsejaba al rey y al pueblo persistir siempre en la única alianza capáz de contrarrestar á la casa de Austria, la religion, las preocupaciones populares, que tenian su origen en las cruzadas, las incitaciones de Roma y las últimas palpitations del espíritu caballeresco, estimulaban su honor y su conciencia á unirse con las ligas cristianas formadas contra los sectarios, calificados de bárbaros, del Profeta.

Este doble sentimiento era á menudo causa de una aparente contradiccion entre las palabras y los actos de la Francia, relativamente á los otomanos. No era perfidia de la córte francesa, sino debilidad. El mismo Luis XIV, con todo el vigor de su juventud y de su reinado en aquel tiempo, no evitaba este escollo; así miéntras ofrecia á Kiuperli una benévola neutralidad en la guerra que la Puerta sostenia contra el Austria en Hungría, y en Creta con Venecia, se veía obligado por condescendencia con el espíritu caballeresco de su nobleza, á permitir, por lo ménos sigilosamente, que cuerpos de voluntarios franceses volasen bajo la bandera no reconocida de la Francia á las márgenes del

Danubio y al mar de Candia. El caballero triunfaba apesar suyo del político, y el cristiano del rey.

Ese es el enigma de la diplomacia francesa en Oriente en aquella época, y hoy mismo es la explicacion que puedè dar la historia de la doble diplomacia del gobierno actual de la Francia, que conmueve la Turquía en 1852 con la inoportuna exigencia de los Santos Lugares, y le presta sus armas y su sangre en 1854 para consolidarla; esta conducta ha comprometido al Estado: la preocupacion lucha contra la razon. Los turcos son nuestros amigos, al paso que los musulmanes despiertan la antigua antipatía en nuestra memoria.

XXV

Kiuperli toleró como hombre de estado consumado, una contradiccion cuyos motivos le reveló confidencialmente el embajador francés. Se guardó muy bien de obligar á un rompimiento declarado á una potencia que le interesaba contemplar, dejándola seguir representando el papel ambiguo á que la condenaba su doble naturaleza. Las fuerzas navales y terrestres

que podia enviar ya contra los venecianos en Creta, le permitian mirar sin temor el corto número de voluntarios ansiosos de gloria y movidos por el espíritu religioso, que Luis XIV dejaba salir de sus puertos. Esta conquista de Candia no sólo era para Kiuperli una necesidad y una ambicion del islamismo, sino que era al mismo tiempo una adulacion hábil á la hermosa sultana Gulmisch, que reinaba como soberana en el tierno corazon de Mahomet IV.

Esta favorita, cretense de familia, nativa de Retino, se lisongeaba, una vez que se consumara la conquista de su patria por su esposo, con que seria coronada reina de Creta, y poseeria *como dinero para pantuflas*, las pingües rentas de este imperio insular, convertido en patrimonio de una esclava nacida en su seno, y que gobernaria á su gusto, con la dulzura de un yugo femenino á aquellos compatriotas y cristianos, de quienes se consideraba siempre hija y hermana.

Gulmisch, encantada con estas perspectivas que le presentaba Kiuperli para ganar su favor, se encargaba á su vez de defender á Kiuperli en el ánimo del sultan contra las rivalidades de dos jóvenes favoritos, Yusuf y Mustafá que le causaban algun recelo. Esta liga entre un grande hombre y una mujer adorada para dominar á un príncipe débil, permitió á

Kiuperli concentrar en Andrinópolis recursos y armamentos que igualaban á los reunidos por Soliman el Grande para sus mayores expediciones. Seguro Kiuperli de la proteccion de Gulmisch, no vaciló entomar él mismo el mando de una guerra que lo separaba de su señor, probablemente por mucho tiempo.

El ejército, acompañado por el sultan hasta el mar, fué revistado por Mahomet IV ántes de su embarque; luego volvió á Andrinópolis prolongando su marcha con cacerías que duraron veintidos dias. Ocupó allí sus ócios con la construccion del nuevo serrallo, que costó un millon y doscientos mil ducados de oro. El historiador Abdi lo describe en términos tan magníficos como su arquitectura :

« El fabuloso palacio de Schedad, hijo de Aad, y
 « el de Cosroes de Persia en Medain, no podian sos-
 « tener la comparacion. Veíanse allí estrados de
 « mármol, columnatas de piedras jaspeadas, kioskos
 « con cúpulas doradas, fuentes cuyos chorros de
 « agua caian en tazones de plata maciza, puertas cin-
 « celadas de olorosas maderas, murallas incrustadas
 « con nacar y perlas. »

XXVI

Una agitacion religiosa fomentada por un judío impostor de Esmirna, llamado Sabathai, que se fingía otro Mesías y otro Profeta, seguido por judíos y musulmanes, conmovió un poco el imperio; Kiuperli lo mandó encerrar ántes de su partida en las Siete-Torres. Sus partidarios vieron en esta cautividad el cumplimiento de una de sus profecías, que anunciaba su persecucion. Sabathai debia salir triunfante, montado en un leon, que regiria con una brida formada con serpientes de siete cabezas.

Otro impostor polaco, inventor de ensueños místicos, y rival de Sabathai en la credulidad popular, lo denunció al caimakan Mustafá como hombre que atizaba la discordia en los pueblos. El sultan lo hizo ir á Andrinópolis y lo interrogó él mismo. Crédulo tanto como ortodoxo, Mahomet quiso poner á prueba el poder sobrenatural de Sabathai, y lo mandó atar desnudo á una columna, para que sirviese de blanco á las flechas de sus arqueros, con el objeto de ver si era invulnerable. El judío eludió la prueba y la

muerte, confesando sus imposturas y abjurando su divinidad. Abrazó el islamismo, y de Mesías se convirtió en portero del serrallo. La confusion y la vergüenza acabaron con su secta.

XXVII

El ejército se embarcó el 14 de mayo de 1666. Después de haber atravesado el mar de Mármara, empleó cuatro meses en cruzar lentamente la Anatolia, y volvióse á embarcar para Creta en Isdin, enfrente de Rhodas. El 16 de noviembre del mismo año saltó en tierra en la playa de la Canea.

La escuadra egipcia de veintiseis velas que llevaba á bordo el contingente del Cairo para Kiuperli, fué interceptada por la veneciana y destruida á la vista de los turcos.

Otra escuadra, que habia salido de Constantinopla con seis mil genízaros, llevó el número del ejército, en la primavera de 1667, á ochenta mil combatientes. El 20 de mayo abrió las trincheras ante los muros de Candia, último baluarte de los venecianos en Creta, y de los cristianos en Oriente. Morosini, el primer guer-

rero de Venecia, recompensado de sus hazañas por la ingratitud y la envidia, habia sido llamado de su retiro por los nobles de esta oligarquía, para que salvase otra vez á su patria. Habia perdonado á sus enemigos y se vengaba de ellos con un nuevo sacrificio. Nombrado generalísimo del ejército y de la marina, habia desembarcado con dos mil hombres en la plaza. Otros nueve mil, aguerridos ya por su larga lucha contra Hussein, defendian detrás de bastiones inexpugnables aquel escollo de la pujanza otomana por espacio de tantos años. Cuatrocientas piezas de artillería coronaban las murallas, servidas por los mejores artilleros de la cristiandad; siete bastiones casi macizos, fosos parecidos á abismos abiertos con el pico de piedra viva, en fin, minas subterráneas y desconocidas, practicadas bajo el suelo y preparadas á tragarse á los sitiadores hasta en sus trincheras, hacian de Candia el terror de los turcos.

Esta ciudad les habia devorado ya dos escuadras y tres ejércitos. Morosini, para hallarse mas presente al peligro, se alojó en un baluarte. Desde allí inspeccionaba las trincheras, quitaba las faginas de los fosos con una máquina que él habia inventado, dirigia las salidas, y recibia, á imitacion de los turcos, las cabezas cortadas de los enemigos, que sus soldados ponian á sus piés ántes de arrojarlas al mar.

Seiscientas diez y ocho explosiones de minas y treinta y dos asaltos cubrieron la ciudad de humo, el mar de sangre y la tierra de cadáveres, desde el 22 de mayo hasta el 18 de noviembre. El Egipto y la Siria oian desde sus costas, traídas por el viento, las detonaciones de la ciudad y el campamento, semejantes á las de un volcan perpétuo. Cuatrocientos oficiales cristianos, tres mil venecianos en la ciudad, ocho mil otomanos muertos durante estos primeros meses de sitio, atestiguaban el encarnizamiento de los combatientes.

Uno de los bastiones, blanco de los monstruosos cañones de Kiuperli, pareció abrir en fin el recinto á los genizaros. Morosini se les anticipó con una salida de toda la guarnicion que reconquistó las trincheras. Los turcos llegaron á recobrarlas, pero una mina cargada con doscientos barriles de pólvora, que los sitiados habian cubierto bajo sus pasos, se tragó á siete mil en sus líneas. Kiuperli envió de una vez al Asia cuatro mil soldados mutilados. La peste, fomentada por las exhalaciones de tantos cadáveres, diezmó su campamento; las tempestades alejaron los refuerzos de la costa; las lluvias del invierno inundaron sus trabajos. Morosini, tan emprendedor en el mar como invencible sobre sus murallas, salió con una escuadra de veinte navíos, y abordando á la se-

gunda escuadra de Egipto cargada de tropas, la incendió y la echó á pique á la vista del gran visir.

XXVIII

Diez y ocho meses iban consumidos sin mas resultado que millares de víctimas. El duque de Saboya que habia puesto á sueldo de los venecianos algunos regimientos, los retiró á instigacion de Kiuperli en la primavera de 1668. El marqués de Villa que los mandaba, obedeció con pena á su príncipe, vanamente reprendido por el papa. El marqués de Saint-André Montbrun, general de los voluntarios de Francia en Creta, le sucedió en el mando de la plaza. Los venecianos querian halagar con esta deferencia el orgullo de Luis XIV, y forzarlo á socorrer á su propia nobleza muriendo por su fé.

El rey permitió al duque de La Feuillade, tan valiente en el campo de batalla como servil y adulator en las córtes, que alistase quinientos oficiales de los ejércitos de Condé y de Turena, y cuatro mil veteranos para Candia. La juventud selecta de Francia, los

Fenelon, los Sevigné, hijo de la mujer que ilustró este nombre, los Villemor, los Chateau-Thierry, los Saint-Paul habian partido con Beaufort; quinientos caballeros italianos se habian unido á ellos. Estos refuerzos reponian las bajas hechas por el cañon turco; pero esta juventud, ávida de hazañas, sufría con impaciencia la guerra metódica y defensiva que la pericia de Morosini imponia á su guarnicion ante un ejército seis veces superior en número y en caballería.

El 16 de diciembre, los seis mil franceses, forzando las consignas, cayeron con el ímpetu de su raza sobre los genízaros, forzaron su campamento, los persiguieron, lo conquistaron por un momento, y despues de haber acuchillado á dos mil, desafiaron á todo el ejército de Kiuperli. La Feuillade y sus principales oficiales afectaban tal desprecio hácia los turcos, que desdeñaban el desenvainar su espada sobre aquella horda, y galopaban, como Murat por entre los cosacos, por entre los spahis, con un látigo en la mano. Su desafio, su jactancia, y su temeridad les costaron miles de valientes al volver al campamento.

Kiuperli, los cargó á la cabeza de los topschis y de los genízaros, y mató cuatro mil entre la ciudad y su campamento. Villemor, Tavannes, cuarenta amigos de La Feuillade murieron; Fenelon vió á su hijo caer á sus piés sin poder siquiera arrancar su cadáver del